

no dejaba de ser extraña. En una mesa tosca de madera, con carpeta de paño azul, había esparcidos algunos libros que por la pasta y cautos dorados no podía dudarse que eran pertenecientes á un eclesiástico, y junto de ellos algunos otros con forros de pergamino raído: sobre otra mesa se veían algunos planos y cartas geográficas, confundidas y retueltas entre varios crisoles de barro, un telescopio pequeño, y algunos compases y escuadras: en la pared se veían colgados también algunos mapas, alternando con grandes pantallas de cristal; y por último, junto de un estante de libros estaba colgada una estola y unos relicarios de cera de *agnus*, y en un costado de la mesa estaba colocado un Santo Cristo y una imagen de la Virgen de los Dolores. Lo demás del cuarto no presentaba cosa digna de llamar la atención, á no ser multitud de canastos llenos de tierra, algunos pequeños hornillos, y una colmenera de palo. A pesar de los signos evidentes de que el que allí moraba era no solo un buen cristiano sino un ministro del culto, cualquiera habría dicho que tal habitación era propia para un astrólogo ó alquimista del siglo XV.

En la habitación que hemos procurado describir, se hallaba envuelto en una turca negra un anciano, un si es no es inclinado hácia adelante, de frente espaciosa, nariz afilada y ojos vivos y chispeantes. Unas veces se paseaba con grande agitación de uno á otro extremo de la pieza, otras se sentaba delante de la mesa, y con la mano en la frente quedaba sumergido en honda cavilación: de repente tomaba la pluma y trazaba en un papel rápidamente algunas líneas y vocablos. Se conocía que tenía un gran pesar, ó que lo ocupaba algún proyecto inmenso.

De esta agitación lo sacó el rumor lejano del galope de un caballo. Pásose en pis, y aproximándose lentamente al postigo, se puso á escuchar con atención. A poco, el rumor se hizo mas perceptible, y finalmente, un gineté embozado se apeó en la puerta de la casa. Nuestro personaje tomó la bujía y abrió el zaguan al embozado, el cual sin mas ceremonia, introdujo al patio su caballo y cerró tras sí la puerta.

—Estamos perdidos, señor cura, exclamó el recién llegado.

El cura iba á soltar la bujía, á causa de la sorpresa; pero recobrándose, lo contestó con calma.—A lo que veo, estamos todavía libres y con vida; y siendo así falta mucho para que nos consideremos perdidos; mas espíquese vd.

Entretanto, los dos personajes entraron á la alcoba: el cura tomó asiento en su poltrona y el embozado en otra silla frente de él.

—Diga vd. ahora cuanto guste, continuó el cura con voz tranquila, que estoy dispuesto á escucharlo,

—Pues señor, la conspiración ha sido descubierta esta misma mañana en Querétaro.

—¡Descubierta!... ¡y cómo!

—Hace días que en una taberna hubo una rifa, de la cual resultó un asesinato. La policía acudió y se apoderó de los agresores. Uno de ellos teniendo ser sentenciado á muerte, ofreció descubrir secretos de importancia con tal de que se le perdonase. Se le garantizó la vida, y todo lo ha descubierto. En consecuencia, el señor corregidor Domínguez, aunque amigo de vd. y de la patria, toma en cumplimiento de su deber, medidas enérgicas, y mañana á estas horas, el señor Allende, vd., y otros varios, caerán en poder de García Rebollo.

—Nada de esto me asombra, amigo mío, porque entre los valientes hay también cobardes, y entre los hombres leales hay traidores miserables; pero, ¿cómo ha podido vd. saber todo esto?

—La cosa es muy sencilla. La esposa del señor Domínguez, que como sabe vd., es una señora entusiasta por la libertad, y generosa, y... vamos llena de virtudes, me llamó para decirme que importaba que yo mismo pusiera en conocimiento de vd. todas las noticias, ó de lo contrario la patria se perdía, y vd., señor cura, sería fusilado.

—Amigo mío, cuando hay corazones tan nobles, es menester confiar en que triunfará la buena causa: continúe vd.

—Yo que conocí todo lo que importaba que vd. supiera las cosas, prometí á la señora, á fé de hombre, que sería cumplido su encargo. No tenía caballo, no tenía armas, no tenía dinero, y así es que me salí como un loco á vagar por las calles, pensando cómo vencer tanta dificultad. Estaba á punto de llorar como un muchacho, cuando observé que un indio se apeó en la puerta de una barbería, con el fin de rasurarse y cortarse el pelo. Quiso Dios que el barbero cerrara su puerta: entonces con mucho tiento tomé el cabestro, me monté en el caballo y eché á correr, y no he parado hasta aquí. ¡Pobre animal! Veinticuatro leguas ha caminado sin tomar resuello. Con que ya que sabe vd. todo, es menester que huya vd., que se oculte, que...

—¡Bobada! contestó el cura dejando asomar á sus labios una sardónica sonrisa.

—¿Cómo?... ¿qué piensa vd. hacer entonces?

—Aprovechar el generoso aviso de vd., y obrar con energía.

—¿Señor...! Está vd. loco.

—Estoy mas cuerdo de lo que á vd. le parece.

El cura se puso á escribir, y continuó es necesario que ahora mismo se marche vd. para Querétaro, pues vd. tiene una familia á quien hacerle falta, y podría comprometerse. De paso ponga vd. con reserva esta carta en manos de D. Ignacio Allende, que se halla en San Miguel,

Le daré á vd. otro caballo, y . . . Vamos, amigo mío, no hay tiempo para pensar mucho ahora. Reciba vd. este abrazo en prueba de mi gratitud, y . . . Dios lo guie por buen camino. . . .

—Adios, señor cura, dijo el ginete besándole la mano que el eclesiástico le tendió.

—Adios, amigo. En la caballería hay varios caballos; escoja vd. el torcillo, que es fuerte, y no olvide mi encargo.

El personaje salió: el cura se dejó caer en su sillón, é inclinó su venerable cabeza caña sobre el pecho.

A poco se escucharon las pisadas del caballo, y el ginete, que hacía un cuarto de hora que había llegado, partió de nuevo á galope.

—Este muchacho, dijo el cura saliendo de su estupor, es activo: como llegue á tiempo la carta á manos del capitán, todo saldrá bien. Ahora veamos los elementos con que cuento para fundar la libertad mexicana. Al decir esto abrió una gaveta del estante, y comenzó á contar unas monedas: cinco, diez, veinte, treinta. Vaya, no llega á doscientos pesos lo que tengo; pero no hay cuidado, Dios nos protegerá. En seguida sacó un par de botellas de licor y algunos vasos, todo lo cual colocó en la mesa y volvió á sentarse.

Sonaron en el reloj de la iglesia, tres cuartos para las doce, se escuchó el ladrido lejano de los perros, y á poco volvió á reinar un profundo silencio. —Oh! exclamó el cura, dando una fuerte palmada en la mesa, cómo vuela el tiempo, sin que haya medio de detenerlo; pero . . . un tropel de gente á caballo se acerca. . . . ¡Cuánto sentiré perder la vida ó morir entre los hierros de un calabozo sin haber hecho nada por la libertad de México! . . . sin duda vienen á prenderme. . . . veamos.

La cabalgada se detuvo en la puerta de la casa del cura, é éste tomó la luz, y acompañado del criado abrió la puerta. Un ginete se apeó y abrazó al cura.

—Señor cura, ¡vd. en vela á estas horas?

—Señor capitán, ¡vd. corriendo por esos cerros tan tarde?

—¿Qué quiere vd.! los enemigos no se desconfían, é yemenester andar listos, y esto es que aun no comienzan.

—Entrémos, señor capitán, entréntamos el criado coloca á los caballos en la cuadra, y les da un pienso de maíz.

—Lo necesitan á fé mía, porque han galopado mucho.

Los dos personajes entraron, y el criado se dirigió á la caballería con las cabalgaduras.

—Sabe vd. que nos han descubiertos, dijo el capitán arrellanándose en una silla, y desviando de su anchafrente su pelo rubio.

—Lo sé, Sr. D. Ignacio, contestó el cura con

calma, tomando asiento en su poltrona y envolviéndose en su turca.

—Así pues, continuó el capitán, todo se ha frustrado. Quince días mas, y damos un golpe maestro.

—Aun es tiempo, contestó el cura resueltamente.

—¿Quién sabe? respondió el capitán con tono de duda. A estas horas, Querétaro y Guanajuato están en la mayor alarma, y se toman providencias muy enérgicas y severas. Vea vd. como no duermen. . . . al decir esto arrojó un papel sobre la mesa.

—¿Conque nos querían prender? repuso el cura con cachaza.

—Cabal; pero felizmente intercepté este oficio, y antes de que se tomaran el trabajo de buscarnos habitación, ensillé mi caballo y ya me viene vd. aquí.

—¿Y el amigo Abasólo?

—Le he avisado lo ocurrido, y no dilatará en venir.

—Bien, muy bien, amigo mío, contestó el cura. ¡Y el regimiento de dragones de la Reina, en qué estado se halla?

—A nuestras órdenes, replicó el capitán.

—Y los amigos de Puebla y Valladolid?

—En corriente; pero para el 1.º de Octubre.

—Pues entonces no hay que pensar; el tiempo es corto, y la actividad y la energía nos salvarán.

—Permítame vd., Sr. cura, que le diga que no veo ningunos elementos para hacer una revolución; y si no cuenta vd. con otros materiales, los que existen en esta habitación son propios para fabricar platos, y criar abejas y gusanos de seda; mas no para sublevar á ocho millones de habitantes llenos de preocupaciones, y acostumbrados á la ciega obediencia al rey.

—Y esas objeciones, capitán, tienen algo que huele á temor?

—Vive Dios! exclamó el capitán, que nunca me acuerdo haber tenido temor, mas que á Dios, señor cura. Supongo que esta es una chanza.

—De lo contrario. . . .

—¿De lo contrario? ¿qué hacia vd., capitán?

—¿Qué hacia! . . . abandonar la amistad de vd., correr yo solo al peligro, y morir luchando como un hombre.

—Capitán, vd. es el hombre digno de ser compañero del anciano cura de Dolores. . . . Era una chanza efectivamente, mas no han dejado de llamarme la atención las prudentes reflexiones de vd. Yo soy valiente por entusiasmo y por convencimiento de que deba detener los últimos años de mi vida en alguna cosa útil; pero vd. es intrépido por carácter, por temperamento, y porque circula en sus venas la sangre ardiente de la juventud, y no debe haber ningún género

de reflexión, tanto mas, cuanto que de una manera ó de otra, el cadalso amaga nuestro cuello.

—Tiene vd. razón, señor cura, y casi me avergüenzo de haber hecho semejantes reflexiones: sin embargo, como no veo aquí ni armas, ni parque, ni gente, ni. . . .

—El pueblo duerme, capitán; pero cuando lo despertemos una vez con las mágicas palabras de religión y libertad, no volverá á reposar hasta que no haya lanzado del otro lado del mar á sus opresores. A mi vez confieso que tiene vd. razón de preguntarme cuáles son los elementos con que cuento: muy bien, se los enseñaré á vd. Diciendo esto sacó las pocas monedas que había en la gaveta, y señaló al capitán las botellas y vasos que estaban sobre la mesa.

Los dos personajes se quedaron un momento mirando uno al otro, y después prorumpieron en una carcajada de risa.

—Somos unos locos, señor cura.

—Somos valientes, señor capitán.

—Así, señor cura. . . .

—Así, señor capitán, es menester no olvidar cuanto hemos platicado debajo de los pomposos árboles de Guadiana (1), que hacen que se realicen esos sueños dulcísimos de gloria, que han sido durante mucho tiempo el delirio de ambos. Sin embargo, capitán, esos sueños terminarán, ¿sabe vd. cómo?

—¿Cómo?

—En un patíbulo, al que subiremos juntos.

—Como también juntos hemos de participar de la gloria, y de los triunfos que se nos esperan, señor cura.

—Bien dicho, capitán. Aun conozco que puedo empuñar una lanza y un fusil, que puedo estrechar entre mis rodillas un fogoso caballo; que puedo como el rayo de Dios, hacer temblar á los ejércitos de los españoles.

Al decir esto brillaban los ojos del anciano con indecible alegría; su cuerpo aparecía derecho y galano, y en su frente se leía esa íntima seguridad que tienen los valientes en sus empresas.

El joven capitán, lleno también de alegría exclamó:—Señor cura, en este momento no me cambio por el mas poderoso de los reyes de la tierra. ¡Vive Cristo! Los deseos que hemos tanto esplayado en nuestras conversaciones, debajo de aquellos frondosos árboles de mi patria, van á realizarse, y acaso después de las penalidades y fatigas de una sangrienta guerra, veremos á México libre y poderosa. Esta esperanza, señor cura, es la felicidad de mi vida.

—Valiente y virtuoso joven! murmuró el cura á media voz, y luego alzándole le dijo:—Deso saber cómo se descubrió la conspiración, pítelo el que me dió el aviso pocos momentos antes.

(1) Hermoso paseo de San Miguel el Grande.

TOMO II.—VII

tes de que vd. llegara, me aseguró que fué á consecuencia de unos asesinatos. . . .

—Con efecto, unos dicen eso, y otros que el Dr. Hurriga que á la hora de esta habrá pasado á la otra vida, lo declaró todo en sus últimos momentos (2).

—¿Cobardel replicó el cura, como si el procurar la libertad del pueblo fuera un pecado. . . .

—¿Qué quiere vd.? . . . la conciencia. En cuanto á mí, juzgo que Dios nos favorecerá.

—Esta es mi creencia también; pero veo que estamos perdiendo el tiempo: las doce de la noche van á dar, y aun no hemos pensado en los medios de salir de este atolladero.

—Eso mismo pienso yo; mas nada digo á vd. porque. . . .

El cura quedó un momento sumergido en una profunda meditación, y luego dijo:

—En verdad que la empresa es mas difícil de lo que parece. Es tan tarde. . . . pero ¡misericordia de mí! he dicho que es mejor obrar que pensar. De todas maneras hemos de perder la cabeza. ¿Está vd. conforme?

—Lo he dicho.

—Venga esa mano. La libertad ó la muerte, Sr. D. Ignacio Allende.

El capitán estrechó la mano al cura contestándole:—La libertad ó la muerte, Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla.

—¡Hóla! grito el cura Hidalgo con voz de trueno.

Un criado humilde con su calzon de cuero, su sombrero tendido de petate, y su jerga de lana, se presentó, y cruzando los brazos dijo:—¿qué manda su merced, señor cura.

—Ve con mucho silencio, y llama uno por uno á todos los serenos que encuentres: si te preguntaren para qué, les dirás que su necesidad de ellos mucho.

El criado salió.

A poco llegó un sereno, luego otro, y luego otro: por fin, se reunieron doce individuos.

—Amigos, ha llegado la ocasión en que deseo probar, si el afecto y respeto que profeso al pobre viejo cura de Dolores, es verdadero ó no. Voy á escribirnos un gran favor si no me lo concedéis, paciencia. . . . entonces tendré que abandonar este pueblo, y quizá para siempre.

Los serenos pusieron sus faroles en el suelo, y el cura tomó una botella, llenó los vasos de licor, y con voz muy suave y dulce les dijo:—Hi-

(2) El Dr. Mora en su obra, México y sus revoluciones, asienta que el Dr. Hurriga fué quien estando gravemente enfermo descubrió la conspiración; pero yo lo he oído contar en Querétaro á varias personas bien informadas en los sucesos de esa época, de la manera que al principio lo refiero yo. El Sr. Bustamante en su Cuadro Histórico dice que un eclesiástico, cuyo nombre no menciona, fué el que hizo la delación. El lector escogera lo que mas le agrade.

jos míos, es una noche esta, que por mí fe ha de ser de eterna memoria en México, y merece que brindemos por... Acercaos.

—Señor cura, no nos atrevemos á beber en presencia de vd., dijo uno de ellos: esas cosas las hacemos por necesidad, por costumbre, pero entre nosotros, y no en presencia de un hombre tan venerable.

—Vaya, hijos míos:... acercaos, no tengáis temor. Dios ha criado las cosas para regalo del hombre, y éste lo único que debe hacer, es usar con moderación de ellas. Embriagarse es malo; pero beber un trago en compañía de los amigos,... porque yo soy, no un cura ardido y regafón, sino vuestro amigo, ¡no es verdad! procuro vuestra felicidad: planteo fabricas de loza, para que no haya necesidad de que vengan de España; cultivo las moreras y las viñas... Lo que sucede es que muchas veces no podemos hacer todo lo que queremos: el gobierno lo impide y... pero ¿no bebeis? Afuera mielo y vergüenza, os repito, que soy vuestro amigo. El cura repartió los vasos de licor, y los serenos los tomaron casi llorando.

—No es malo este vino, continuó el cura colocando con cierta indiferencia el vaso sobre la mesa: pero si se nos dejara, podríamos hacerlo con nuestras uvas en Dolores mucho mejor que en Méjico y en Jerez, pero ya lo he dicho: el gobierno español ha prohibido el que aquí se fabrique vino por no perjudicar á España, como si los que viven en América no fueran sino unos perros. ¿Qué dicen vds. de esto?

—Que es muy mal hecho, señor cura, y que debíamos pedir el que se permitiera á los dueños de viñas en Dolores (1)...

—Será en vano, no harán caso: lo que es necesario es pedirlo, pero por la fuerza. Justamente he llamado á vds. para eso... Esta noche es menester pronunciarse por la libertad.

Al escuchar esta palabra dicha con energía y decision, retrocedieron espantados los serenos.

—Os asustaisé dijo el cura, encarándose resueltamente con ellos.

—No es eso, señor cura, respondió uno, sino que el tomar las armas contra nuestro rey y nuestro gobierno, es cosa que jamas nos resolveremos á ejecutar. Ordéndonos vd. que nos echemos del balcon abajo, y lo haremos al instante, porque queremos á vd. mucho; pero hacer armas contra nuestro gobierno... nunca.

—Compadre, interrumpió otro, es menester no poner obstáculo á lo que quiere el señor cura. Cuando él nos dice una cosa, es señal de que nos conviene.

(1) El Sr. Lic. D. Cárlos María Bustamante, en su Cuadro Histórico, asienta que la prohibición de fabricar vino de uva en México, influyó mucho en la sublevación de que se va hablando. De palabra me ha repetido esto mismo hace algunos días.

—Vd. hará lo que quiera, compadre; pero yo le digo á vd. que los pelos del cuerpo se me erizan solo de pensarlo. Me voy: con permiso de su merced, señor cura, con estos otros muchachos que son mis amigos, y no quiero que den una pesadumbre á su familia.

El interlocutor tomó su sombrero, y otros cuatro lo imitaron.

—Miserable canalla! exclamó el cura colérico. Cuando vuestro anciano cura está pronto á derramar su sangre en defensa de vuestra libertad y de vuestra religion, lo abandonais y teneis miedo como si fuerais unos niños. Id, esclavos, no os necesito. Que el gobierno os venda como bestias; que os quite vuestra religion; que os trate como si no fuerais hijos de Dios y criaturas inteligentes; que usurpe eternamente un suelo que os pertenece todo, todo, nada importa; al fin tengo el placer de que pocos días me quedarán de vida, porque al fin debo ser fusilado: la orden para prenderme está dada, aquí la teneis sobre la mesa.

Los serenos que veneraban al cura como á un Dios, que lo querían como á un padre, por las frecuentes obras de caridad y por la dulzura con que trataba á los pobres, quedaron aterrorizados con sus formidables palabras, y exclamaron:

—Perdonadnos, señor cura: haced lo que gustéis, y os seguiremos aunque sea al suplicio.

—Entrais en razon, hijos míos: se quiere que no tengais ya esa religion santa: se os oprime, se os trata mal, y todo esto es remedio. Estais en poder de los Egipcios, y es menester libraros de la cautividad. Acordaos de mis sermones, y no seais desconfiados como los Israelitas.

Los circunstantes oían con marcada compuncion las palabras del eclesiástico; este continuó:

—Perdonadme, hijos míos, si he podido escalarlame; pero el hombre débil, no es dueño de sus acciones.

—Nada de violencia: el que no quiera tomar parte que se retire á su casa, en la inteligencia que no por eso me incomodaré. ¿Quien de vosotros quiere retirarse?

—Ninguno: respondieron á una voz.

—Gracias, hijos míos. El cura llenó los vasos de vino.

—Brindo porque el aislado grito de libertad, que va á resonar en Dolores, tenga eco del uno al otro extremo de México, y porque los mexicanos no dejen la espada hasta haber conseguido su libertad.

Los circunstantes bebieron.

—Bien, muchachos, muy bien: mañana á estas horas habremos hecho mucho. El señor capitán Allende tiene á su disposición el regimiento de dragones de la Reina, y contamos tambien

con el de Celaya. Ahora es menester mucha actividad.

El cura comenzó á distribuir dinero entre los serenos, y continuó:—Dos de vds. á la torre á repicar las campanas: dos á buscar cohetes: otros dos á los alderedores á convocar gente en mi nombre; y cuatro á las calles á gritar.

—Viva el señor cura Hidalgo! exclamaron todos.

—No, tened: el cura formó una banderola con un pañuelo, y pegó en el centro de él una estampa de la Virgen de Guadalupe. Gritad: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la libertad, y mueran los gachupines!

Los serenos gozosos, como si se hubieran sacado la lotería, salieron de la casa del cura, gritando:—Viva la libertad!

A poco, multitud de cohetes tronaban: las campanas y esquilas se escuchaban; y las gentes y muchachos que por curiosidad salian á las puertas y ventanas de las casas, se reunian al grupo y gritaban maquiñalmente:—Viva la libertad! Viva el cura Hidalgo! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!

Diez minutos despues, un inmenso gentío con hachones, cañaverales, y banderolas formadas con pañitos, discuria y ondeaba como una gran serpiente de fuego, por todas las calles de Dolores.

El cura condujo á la ventana al capitán Allende, y señalándole á la multitud frenética, que se desganitaba le dijo:—La chispa esta arrojada; el combustible es mucho, y el incendio no se apagará fácilmente.

El reloj dió doce campanadas.

Cuando se supo en México la noticia del grito de Dolores, el inmenso edificio del gobierno, construido con la calma de trescientos años y consolidado con añejas preocupaciones, tembló hasta sus cimientos.

Así comenzó la libertad de México. Si no hubiera historia de ella escrita, y testigos presentes, se creeria que era una fábula ó cuento, inventado para entretener á los niños.

Dice Víctor Hugo: «El odio que crían los actos parciales de arbitrariedad, va encerrándose en el pecho del pueblo; pero llega un día: los pechos se abren y brota una revolucion.» Nada hay mas cierto que esto, y justamente aconteció en la época de que hablamos. Si el gobierno español menos suspicaz, mas inteligente, por decirlo así, en su dominacion, hubiera concedido ciertas franquicias á los criollos, hubiera otorgado al pueblo ciertos derechos y prerogativas, tal vez hoy seriamos como la isla de Cuba, una colonia de España; pero tenia dos medios para conservar su poder: la supersticion y el terror. La supersticion se combatió con la misma su-

persticion; y el terror se dominó con la perspectiva del libertinage. Así, rotas estas dos terribles barreras casi con los mismos elementos que se habian construido, el pueblo como un torbellino, como un huracan, como una columna de fuego, se desbandó aislando y sembrando la muerte y el espanto por donde quiera que asentaba sus formidables huellas.

Pero en todos estos grandes sucesos, así como en los mas pequeños accidentes de la naturaleza, es menester reconocer patente y visible la mano de Dios.

Los sucesos bíblicos se repiten diariamente, sin que lo notemos. El pobre pastor David hirió la frente de Goliad: el párroco de Dolores tambien dió un golpe mortal á un gigante de mil ojos, de mil bocas, de mil brazos.

Cuando se nos viene á la memoria que allá en los remotos tiempos, cuando las tierras de México eran vírgenes, cuando moraban en la soledad de las selvas mas tribus de indigenas dóciles y humildes, se les arrancó con el hierro y con el acero sus costumbres y su naciente civilizaci6n, se les incendiaron sus poblaciones, se les vió á sus mugeres, se degolló á sus hijos, y se les condenó en fin á huir á las montañas y á las selvas, y á vivir errantes como las fieras, y luego se contemplan con filosofia las escenas de los primeros tiempos de la libertad, proclamada por un párroco, oscuro y desvalido, y sin mas elementos que la práctica de sus virtudes, es menester creer y confesar que hombres semejantes obran impulsados por una fuerza omnipotente y sobrenatural, y son instrumentos ciegos de un poder superior, que nunca deja en la tierra sin un premio las virtudes, y sin un terrible castigo los crímenes.

Hidalgo (1) era en la época de la revolucion de Dolores, un hombre de una edad en que la experiencia y los desengaños apagan las ilusiones, y estinguen completamente el entusiasmo: sin embargo, cuando menos se esperaba, el anciano recobra todo el vigor de su estudianta vida, descorre el velo que lo habia tenido oscuro é ignorado por los pueblos de la Tierra—dentro, y aparece de improvviso radiante como un sol, derribando preocupaciones, salvando atrevidamente obstáculos, proclamando principios que fueron condenados como heregias, luchando con las costumbres, con el carácter del pueblo, naturalmente pacífico y hasta indolente, ¡Prodigioso y sublime incendio, á cuya luz se vieron caer, rodar, huir, desaparecer por fin las preocupaciones arraigadas por centenares de años!

(1) Cuando se leen las obras del Dr. Mora, y se patea el desprecio é injusticia con que juzga á Hidalgo, no puede menos de lamentarse el que un singular y claro talento como el de Mora

La acción de Hidalgo en un país donde hubiera estado en uso la libertad civil y religiosa, habría sido grande; pero comparada con el tiempo en que vivía, no solo es grande, sino magnífica, sublime, digna de que resucitara Tácito para inmortalizarla debidamente.

Tiempo es ya de cortar esta digresión, y de dar cuenta de los sucesos que tuvieron lugar el día que siguió al 16 de Septiembre de 1810.

Hallábase reunido ya Abasolo (1) á los señores Allende e Hidalgo, y en breve confianza se decidieron á ponerse en marcha para San Miguel el Grande, dando antes providencias para asegurar las personas y bienes de algunos españoles residentes en Dolores.

Cuando salió el improvisado ejército independiente, ya contaba con cerca de dos mil hombres, compuesto de los jornaleros de las haciendas, los artesanos y campesinos, armados unos con azadones, otros con puñales, otros con palos y lanzas.

Antes que el gobierno pudiera tomar providencia alguna, la nube descargó en San Miguel. Allí se incorporó á los insurgentes el regimiento de dragones de la Reina y parte de los de Celaya y Guanajuato, y multitud de gente de todas clases, que guiada por el instinto, quería participar de las glorias y del botín.

El 15 continuó su marcha el ejército para Celaya.

Luego que en esa ciudad se confirmaron las noticias, que desde por la mañana habían corrido, toda fué confusión y desorden. Los españoles cerraron las puertas de sus tiendas, aglomerando detras de ellas fardos y sacos; las familias se salían de sus casas, y corrían las calles procurando abrigarse en parage seguro; carretas cargadas de muebles, cargadores con costales de dinero y fardos, y gentes cadavéricas atravesaban de unas calles á otras, sin saber verdaderamente á lo que iban ni lo que hacían. Entretanto, algunos frailes del Carmen, montados á caballo (2), con espuelas, sables y pistolas, y un Crucifijo en la mano, recorrían los suburbios de Celaya, gritando:—Hijos míos, los herejes vienen á Celaya: levantaos en nombre de Dios, y marchad á confundirlos. Sin embargo de esto, el pueblo se desbandaba y salía á reunirse con los independientes, ó aguardaba en silencio el momento de obrar.

A las dos de la tarde se diviso una inmensa polvareda en el camino. Era la vanguardia del ejército insurgente.

Sin embargo, no entró á la ciudad, y con las

(1) En uno de nuestros números publicaremos unas escenas de la vida de la Sra. D.^a Manuela Taboada, esposa de Abasolo; así como la Biografía de la Sra. D.^a Leona Vicario, cuyo patriotismo y virtudes son dignas de escribirse con letras de oro.

(2) Dr. D. José María Luis Mora, en la obra titulada: México y sus revoluciones.

sombras de la noche se aumentó el terror y la consternación de las familias.

El prior de San Agustín abrió las puertas del convento y dió asilo á multitud de familias, y la noche fué llena de inquietudes y agonías.

A la mañana siguiente entró Hidalgo en Celaya, y el 28 de Septiembre, es decir, doce días después del pronunciamiento aislado de Dolores, se hallaba al frente de Guanajuato con cerca de treinta mil hombres (3).—M. PATNO.

ACCIONES DE GUERRA GANADAS POR EL SEÑOR GENERAL MORELOS, Y MANDADAS POR EL EN PERSONA.

Ofrezco á mis lectores con placer, como apéndice á las escenas de la vida del señor Morelos, la siguiente relación de sus campañas: parece escusado decir que la debo á la pluma infatigable del Sr. Lic. Bustamante.

Ahora que el deseo de acertar, me ha hecho ver una pequeña parte de lo escrito sobre la insurrección, he palpado la injusticia y ligereza con que á este apreciable ciudadano lo ridiculizan aquellos mismos que se han aprovechado de sus trabajos casi literalmente, desechando errores y debilidades que no es mi objeto defender. Hace mucho tiempo que me ha inspirado veneración una vez que delira por salvar del olvido la historia de su patria, en medio de mil privaciones y desprecios: reciba el señor Bustamante este sincero testimonio de mi respeto y estimación.—G. P.

Primera acción que recibe en S. Márcos y las Cruces, en que resiste al comandante español D. Francisco Páris en la costa de Acapulco.

Sorprende á Páris en el campo de Tonaltepec en su campamento; le toma 700 fusiles (sin los que ocultaron los negros), cinco cañones, nueve cargas de parque de fusil, muchos víveres, no poco dinero, le hace 700 prisioneros, con cuyo pié comienza su campaña.

Rechaza al comandante español Cosío en los Cajones.

Ataca á Tixtla, y derrota completamente al general Fuentes y oidor Recacho, le toma cuatro cañones, cerca de ochocientos prisioneros. Esta acción la dirige el mismo Morelos, haciendo la puntería de la artillería muy certera. Dióse este ataque en 16 de Agosto de 1811. Murieron en el alcance de Tixtla á Chilpan, mas de trescientos realistas. Por esta acción, espárcense en este artejillo en el ejército del rey; y cierto que no conocía esta arma.

(3) La estrechez de nuestras columnas, y el temor de fastidiar á los lectores con artículos largos, hace que no hayamos insertado mas que éste; no obstante, los demás en que se habla de la acción de Guanadlitán, y demás hechos de Hidalgo, los iremos insertando en esta colección.

Ataca al español Musitu en Chautla de la Sal situado en el curato, posición fuertísima: le toma por asalto, hace prisioneros á este jefe, á quien manda fusilar, y al Dr. D. José Manuel Herrera que toma partido en su ejército, hace prisionera la seccion enemiga y se apodera de un cañon llamado el *Mala-Morelos* (dióse esta acción en 4 de Diciembre de 1811).

Toma Morelos á Izúcar, donde es atacado por una gruesa division al mando del marino D. Miguel Soto Maceda, el cual muere de las heridas recibidas. Morelos sigue el avance de los dispersos hasta la hacienda de la Galarza; es envuelto entre los dragones del rey, que huyen sabiendo que allí venia este gefe. Diciembre 13 de 1811.

El brigadier D. Rosendo Porlier ataca con una gruesa division á Morelos en Tenancingo, en 24 de Enero de 1812. Enfermo Morelos, manda la acción sentada en una caja de guerra; pone en fuga la tropa enemiga, y toma una hermosa culebrina de la fábrica de Manila.

Aproximase Calleja á Cuautla, en 18 de Febrero de 1812, y Morelos en persona bate su descubierta. Al día siguiente, derrota el ejército de Calleja en las calles de Cuautla y le hace una enorme mortandad.

Ataca Morelos, la noche del 5 de Abril, la batería del Calvario y la toma; mas luego la abandona su tropa, por apoderarse de cigarros y galleta de que tenia mucha necesidad.

Manda á Calleja un papel de desafío para que saliera á batirlo, y no lo acepta.

Sale Morelos de Cuautla; está á punto de ser prisionero, y se bate con una partida de dragones de Armijo.

Ausilia Morelos á Trujano, sitiado en Huajuapam, hace levantar el sitio, destrozando á los sitiadores, á los que les toma mas de mil fusiles, catorce cañones, y mucho parque.

Sorprende la guarnicion de la hacienda del Ingenio junto á Orizava, y toma cuatro cañones. Ataca á esta villa el 25 de Octubre de 1812 y la toma á viva fuerza; apoderase de mas de mil armas, y mas de cuarenta cajones de parque. Hace mas de doscientos muertos en la acción, y se apodera de porcion de tabaco.

Morelos es atacado en Ozumba por el coronel Águila, y aunque sufre alguna pérdida, logra pasar para Tehuacan un comboy de barras de plata venidas de Zacatlan.

Ataca Morelos á Oajaca y le toma á viva fuerza, aunque fortalecido con cuarenta y dos parapetos y dos puentes levadizos, en 25 de Noviembre de 1812.

Marcha para Acapulco, toma la ciudad por armas en 12 de Abril de 1813.

Emprende el sitio del castillo, y despues de reiterados ataques capítula la fortaleza, en 19 de Agosto,

El 13 de Septiembre de 1813, instala Morelos el congreso de Chilpancingo.

He aquí las principales acciones de guerra dadas personalmente por el señor Morelos. Muchas mas y muy gloriosas se dieron por gefes subalternos, los Bravos, Galeanas, Guerrerros, Matamoros, Ternas y otros.

En el índice alfabético de las causas formadas á los antiguos insurgentes, que se remitió á España en el artículo *Correspondencia del corifeo Morelos con los principales gefes*, legajo núm. 3. pág. 47 vta. se lee lo siguiente: Morelos á Rayon desde Tixtla en 12 de Agosto le dice:

“Hasta esta fecha he tenido veintiseis batallas, veintidos ganadas completamente, y en cuatro hice una retirada honrosa. Hallándome sin socorro, y adeudada la caja en algunos miles, he resuelto sellar cobre, pues de este modo nos presta el rico y el pobre.... Estado escribiendo esta llegaron los oficiales D. Mariano Tabares y D. David Facó que me dan parte de la victoria conseguida en Zitácuaro.—Tixtla, 12 de Agosto de 1811.

“En 19 de Octubre de 1812 le dice desde Tehuacan: Por la suma escasez de reales, no pasa mi ejército de siete mil hombres, tres mil de armas de fuego, mil de lanza, y los demas de cuchillo y hondas.” Pág. 50 dicho índice. Cuando el señor Morelos estaba atacando á Acapulco, le dirigieron desde el castillo un cañonazo á la casa en que posaba. Tenia á su lado al ayudante D. F. Gonzalez, á quien estaba dando órdenes, cuando una bala de cañon estrelló á este pobre oficial con la pared; un pulpo de su carne ensangrentada cayó sobre la cabeza del señor Morelos, y lo tuvo ciego todo aquel día; no obstante esto se mantuvo sereno, y continuó dando sus disposiciones. Otro tanto pasó en la garita del Marquesado en Oajaca, por donde entró, pues colocado bajo el cañon del fortín del cerro de la Soledad, una bala de cañon le arrebató á un soldado de su escolta; viéndolo muerto dijo á sus soldados:.... Alcen vdes. á ese hombre, y recojan sus armas; que no se pierda todo. Otro tanto le pasó en Cuautla cuando salió á batirse con la descubierta de Calleja.... Hé aquí un guerrero extraordinario, el mayor acaso que hemos conocido en America. Con cuánta justicia deplora la nacion la pérdida de hombre tan singular!—Carlos Maria de Bustamante.

Pensamiento.

La gratitud jamás entra en los cálculos mercantiles; sin embargo, es el solo precio á que venden algunos almas sus mas costosos sacrificios.—G.

LITERATURA DRAMÁTICA.

DON ENRIQUE DE VIVAR.*

Drama original en tres actos por Don Felix M. Escalante.

ESCENA III.

EL TEATRO REPRESENTA UNA CELDA CON SOLO UNA PUERTA EN EL FONDO.—LA DECORACION SE MUDARÁ SIN ECHAR EL TELON.

Aparece en la escena Amelia con hábito de novicia, y una monja profesora con un velo en la cara. Al comenzar á hablar Amelia, se lo levantará dicha monja.

AMELIA.

¡Cuán amarga es la vida, cuán amarga
Para quien fiera una pasión lamento;
Nada vale de amor en la tormenta
De la muger sensible la razon.
¡Enrique! Enrique, en el sepulcro helado
Tal vez reposará, querida amiga;
¡Ah! quiera el cielo que feliz le siga,
Que es solo lo que anhela el corazón.
Duda terrible turba mis sentidos,
Si es muerto ó vivo, sin saber estando.
En vano busco en mi dolor pensando,
¡Cómo tener noticia! No lo sé.

MONJA.

Templad vuestro dolor; esas ideas
Procurad desechar; un voto eterno
En poco tiempo. —

AMELIA.

Me abrirá el infierno

Porque perjura á mi Señor seré.

MONJA.

Olvídarle es preciso, no hay remedio.

¡Qué es conjunto á Dios Enrique? ¡Qué es un hombre?

AMELIA.

Nombradle por favor; oír su nombre;
Solo así mi dolor se calmará:
Aunque en la fiebre que mi mente enciende
De consuelo he perdido la esperanza.

MONJA.

Tened, tened en el Señor confianza:
La calma que buscáis el os dará.

AMELIA.

Encantos mil, delicias celestiales,
La memoria recorre de amor llena,
La ilusión mis sentidos enagena
Mágica sombra de un perdido amor:
Hermosas horas, pasageros goces,
Porque volaron como el humo vano.

Perdonadme ¡gran Dios! delirio insano
Enciende mi alma; dame tu favor.

MONJA.

Tranquilizaos, amiga, que en el claustro
Depouer es preciso tanto afecto.

AMELIA.

Mas terrible es de amor aquí el efecto.

MONJA.

Desechad ese fuego mundanal.

AMELIA.

Decidme, ¡nunca amásteis! ¡Insensible
Fuisteis al ruego de un amante fino?
¡No conocéis aquel placer divino
Que anega el alma?

MONJA.

¡Nunca!

AMELIA.

¡Con razon

No comprendéis entonces lo que siento!
Conocéis el amor solo en el nombre:
¡No sabéis que en los ojos tiene el hombre
Una luz que penetra el corazón?
¡No sabéis que su voz, su dulce acento,
Es la armonía, la música del alma?
Sois insensible: vuestra insulsa calma
Es indigna, por Dios, de una muger.

MONJA.

(Oh cuanto se estravió! (Aparte).

AMELIA.

No, no puede,
Si por fortuna vive, abandonarme:
¡Y á Dios en voto cruel puedo entregarme
De su vida ó su muerte sin saber!
En el jardín recuerdo que una noche
Estaba con Enrique, y ¡oh tormento!
Un espantoso, un negro sentimiento
Vino á turbar la calma de los dos.
Ocultando la luna, negra nube
Se estendió por los aires de repente,
Y escuchaba estallar sobre mi frente
Mil rayos con horrisono fragor.
Sinistra luz en torno se miraba,
Que por el cielo y tierra se estendía;
Mas súbito, de pronto se estinguía,
Dejando las tinieblas y el pavor:

Y remedaba el huracan silbando
El lamento de un hombre agonizante;
Yo lo miré despues ¡fatal instante!

MONJA.

No debéis esas cosas recordar.

AMELIA.

Salgamos de esta celda, es muy estrecha,
Es la prision del alma, es un tormento
Vivir entre paredes, ni aun el viento
Puede en este recinto penetrar.
Yo tengo aquí una cosa muy terrible, ^{Sóladme}
Que me oprime, que atroz me desespera; ^{dose al}
Salgamos, si, salgamos allá fuera, ^{poco.}
Respiraré tal vez.

MONJA.

Dale fuerzas, virtud en su cabeza
El bálsamo divino de la gracia.

AMELIA.

Fortalecedme, si, en mi desgracia;
¡Quién puede levantarme, sino vos? ^{A Dios.}
Y de este amor la lava abrasadora,
Que por mis venas corre, estingue santo,
Para que no profane el sacrosanto
Divino altar con mi perjuro infiel.

MONJA.

Rogad á Dios, la religion alcanza
Lo que nada alcanzará en este mundo,
Y que sea vuestro ruego tan profundo
Como el dolor que os anonada cruel;
Recordad que en la tierra no hay contento,
Que no se torne en pena y desventura;
Rogad á Dios con esperanza pura,
Y él os dará felicidad, quietud.
Recordad que la tierra es el camino
Sembrado de pesares y de duelo,
Y que al fin de su curso se halla un cielo
A que conduce solo la virtud;
Recordad que los lazos de este mundo
Son efimeros, breves, temporales,
Y los del cielo firmes, eternos
Como el Dios que nos vela sin cesar;
Pensad que el hombre, el matrimonio santo
Infel profana con amor impuro;
Del Señor el afecto siempre es puro,
Sed su esposa, juradlo ante el altar.

AMELIA.

Amiga, amiga, son vuestras palabras
La inspiracion de la verdad sagrada;
Me habeis dejado absorta, anonadada
Cual si un ser escuchara superior.
Por otra parte: Enrique ya no existe,
¡Cómo viviendo, infiel me abandonara?
¡Qué espero ya! El alma se prepara
A estasiarse con Dios nuestro Señor.
Así podrá rogarme entusiasmada
Por el que aun mi corazón inflama,
Y será de mi amor la ardiente llama,
Antorcha santa de su salvacion.

MONJA.

Os dejo sola, procurad, amiga,
Descansar y dormir. Hasta mañana. *Se va.*

AMELIA.

Rogad á Dios que mi pasión liviana
No venga á conturbar mi corazon.

Esposa del Redentor,
Cuando siento el alma llena
Del amor que me enagena,
Del mas criminal amor:
Cuando el mundanal ardor
Siento en mis venas correr,
¡Cómo puedo de Dios ser!
Un corazón angustiado,
Nutrido con el pecado,
¡Debo al Señor ofrecer!
A la esposa quiere pura,
El Redentor en la cruz,
Cual de la aurora la luz
Que en la mañana fulgura:
La que sueña en su locura
Con criminal ilusión,
La que abraza una pasión
Que insulta á su magestad,
Merece en su ceguedad
No su amor, su maldición.

BOLETIN SEMANARIO.

SOLENNIDAD DEL 11 DE SEPTIEMBRE.

Como habrán visto nuestros lectores por bando de 6 del corriente, se declararon dias de solemunidad nacional el 11 y 27 de este mes; en consecuencia se espidieron las ordenes respectivas á las corporaciones para que asistiesen do etiqueta al palacio á las felicitaciones de estilo.

“Anunció la aurora del dia de ayer la salva de artillería y el repique á vuelo de las campanas.

“Despues, entre nueve y diez de la mañana, se oian por distintas calles las músicas militares cuyos cuerpos rodeados del paisanaje curioso se dirigian á la plaza. Esta presentaba un aspecto magnífico. Se contempló por primera vez en toda su grandeza y hermosura; parecia la catedral mas soberbia y augusta, y palacio mismo cobró cierta belleza: las azotenas de los portales de Mercedes, la Diputacion y las Flores estaban coronadas de gente, lo mismo que los balcones del Palacio, Empedradillo, &c., dando las sombrillas y la diversidad de colores, cierta animacion de que parecian participar los edificios. La artillería estaba al lado de catedral, dando el frente al portal de las Flores. En el centro de la plaza se elevaba airosa una elegante tienda de campaña, resguardada por centinelas y adornada en lo interior con sillones y una mesa, sobre la cual se distribuian prompts á los soldados ya

(*) Este drama despues de haber estado cerca de dos meses en poder del señor tercer censor, D. Luis de Ezequiel, ha sido prohibido.

hientes que coadyuvaron á la consolidación de la independencia en las márgenes del Pánuco.

“Qué grandiosa y opulenta aparecía la plaza, despejada en su centro, rodeada de tropas que á porfía brillaban en la magnificencia de los trajes, en el lujo de los trenes, y en el arreglo y mejoría de las músicas. Las compañías de granaderos con sus gorras europeas, negras como el ébano, y con sus anchos escudos de metal reluciente; con sus húsares de ricos dolmanes y caballos soberbios; con sus arilleros y sus trenes en el mejor órden y hermosura; con *Celaya*, el 11 y todos los demás cuorpos, que divagaban la vista con el brillo de sus armas y la multiplicidad de sus bordados.

“Formóse despues de los puenios la columna de honor, dirigiéndose por las calles del Relox, y pasando frente á Palacio, en cuyo balcón principal se hallaba el Escmo. Sr. presidente, acompañado de los secretarios del despacho, de su estado mayor, y varios generales del ejército.”

Mientras pasa la columna de honor, describámos el interior de Palacio.

“Los amigos de S. E. el presidente, dispusieron para anoche un baile, en celebridad del triunfo de las armas nacionales en Tampico; de consiguiente algunos preparativos se percibían desde la mañana.

“El corredor que conduce á las habitaciones interiores del señor presidente, estaba ricamente alfombrado, pendiente del techo de distanfia en distancia vistosos candelles, que ya tenían sus velas de esperma y flores de papel de color. En la pieza que media entre los dos salones, el de antiguos besamanos, y hoy de etiqueta, y el en que hoy recibe frecuentemente S. E., se elevaba cosa de dos varas un tablado donde debía en la noche colocarse la música, para que se pudiese bailar en los dos salones á la vez.

“La sala en que S. E. recibió las felicitaciones estaba perfectamente tapizada en un género punzó; de trecho en trecho se alzaban en las paredes espejos colosales, y sobre ellos, candelles de cristal con esperma; tambien habia candelles de metal suspendidos á cortísimas distancias, y candelabros en los rincones; régia alfombra, soberbios sofás, y sillas de caoba y terciopelo, guarnecian el salon: en el fondo se dejaba ver tocando el cielo el dosel de terciopelo carmesí, con flecos y borlonces de oro, descansando en varillas de metal amarillo, graciosísimas.

“El salon del lado opuesto era mas alegre con sus hermosos cuadros de la historia de Napoleón, con sus sofás que lo circuevan con sus alfombras y candelles. Ha pasado ya la columna.

“La suprema corte nacional, la plana mayor del ejército, las oficinas generales y demas corporaciones felicitaron á S. E. en medio de un concurso numerosísimo en que brillaban los bor-

dados de los uniformes, y se veían los plumajes de los militares, al lado de los otros distintivos.

“Terminada la ceremonia, se retiró el Sr. presidente á su habitación, y se dispersó la concurrencia.

“En la tarde se situaron las músicas en la Alameda, el paseo estuvo muy concurrido: á las cinco y media de la tarde se presentó S. E. solo en su coche antecedido por los Sres. ayudantes y ministros lo seguían los húsares, pasé las calles de la Alameda, que ven á la Mariscalá, Santa Veracruz, y S. Diego; se dirigió al paseo de donde volvió á las oraciones por el mismo rumbo.

“Al baile no asistimos, y con gusto insertáramos sus descripciones, si alguno nos quiere favorecer con diriginoslas.”—FIDEL.

TEATRO PRINCIPAL.

La boda en los infernos, es uno de tantos recursos mercantiles que se han puesto en ejercicio con el solo fin de especular. En ellos nada tiene que ver el talento dramático, ni cosa semejante: el público que grita y se enfurece por la falta de esactitud en los trages, por la inverosimilitud de tal obra, por tantas cosas, se agolpa ansioso á ver las danzas de los diablos, y á enagenarse con las combinaciones del tramoyista.

Desde que la celebre *Pata de cabra*, en estos últimos tiempos, empuñó el cetro de la magia, parecen lánguidas y sin novedad las invenciones posteriores, y el público que concurre á las suertesmas que al drama, sa lo descontento si no admira en cada escena un prodigio y no oye en cada palabra el anuncio de un encantamiento.

En tales comedias nada puede decirse de los actores secuestrados por el tramoyista, que los convierte en instrumentos de su combinación.

La mano que arrebató á *Suspiro*, y de la que él se asió ya que no lo agarraba, era potente y como la de Sanson; por un tris derribó una columna; las agomías lígubres y coreadas á curvo compás bailaron las deidades, entreciercion al auditorio, y jamás el infierno inspiró sentimientos mas castos y tranquilos.

Poco generosos y gastronómicos los diablos, trataron á *Suspiro* y á su amo como espíritus, contribuyendo el Couillon rebelde á que aparecieran los habitantes del infierno muy poco hospitalarios y serviciales. El Sr. Castro, que ofreció encender unas velas que estaban apagadas, no cumple hasta ahora: ¡lástima de tal atraso! en sotilegios y hechiceras, en un joven que tenía grandes comercios con el rey del fuego!!!

La vista del enfermo fué magnífica pecaminosa humanidad! agrado tastante, y los diablos se poseyeron tal alvivo de su papel en el baile, que todos los erelamos envergúmenes por lo menos,

BOTANICA.

SRES. editores del Museo Mexicano.—Casa de vdes., Agosto 21 de 1843.—Como la lámina litografiada que han acompañado vdes. á su número 2, del 2º tomó de la miscelánea que redactan, es copia de la iluminada que tuve el gusto de dirigirles; y el artículo con que vdes. la han publicado no esté conforme con la descripción y utilísimas aplicaciones de la planta que representa y que ofrecí á vdes. comunicar, creo que sería conveniente llamasen vdes. la atención de los suscritores al referido periódico en un nuevo artículo sobre esta importante materia. La llamo importante por las circunstancias que paso á manifestar.

Durante mi residencia en Roma, llegaron á mi noticia el año de 37, las felices aplicaciones que se hacían en aquella ciudad, para la curación de las fiebres intermitentes, de la quina del Pitayó procedente de la Nueva-Granada, y las relaciones de amistad que mantenía con el muy apreciable secretario de la legación de aquella república, mexicano por nacimiento, el Sr. D. Fernando Lorenzana, me facilitaron la adquisición de alguna de aquella celebrada quina, de la lámina que la representaba, y de la descripción y análisis que se habían publicado por órden del gobierno de la Nueva-Granada.

Todo el que haya permanecido en Roma durante el estío, se habrá impuesto de los muchos casos de fríos ó fiebres intermitentes que cada año tienen allí lugar, y que amagan á nativos y extranjeros de una manera imponente, por la combinación con que resisten algunas veces á las medicinas mas enérgicas y febrífugas mas acreditadas: enfermedad que acaso debe su origen á los pantanos no muy distantes de la ciudad, que producen mortíferas emanaciones, y constituyen lo que allí se conoce con el nombre de *Aria Cattiva*.

Aunque yo no he sido atacado nunca por esta penosa enfermedad, he tenido ocasion de observar sus terribles efectos en los diversos pueblos de nuestras costas y tierra-caliente que he recorrido, y esto me hizo tomar interés en Roma, tratándose del específico que habia producido tan buenos efectos en la curación de los intermitentes, pues muy bien podría ser que entre la inmensa cantidad de árboles y plantas que producen nuestros fértiles terrenos, y entre las

cuales hay tantas todavía por examinar, se encontrase esta utilísima quina, y con esta mira tuve la honra de dirigir á vdes., señores editores, la lámina indicada, ya que el Museo Mexicano circula por todos los Departamentos, y ahora acompaño el impreso en donde consta su descripción y buen éxito de sus aplicaciones, confirmado últimamente en la Nueva-Guatemala, según me ha referido el Sr. D. Manuel Díez de Bonilla, por los ensayos practicados por los facultativos de aquella ciudad, con las pequeñas cantidades que pudo procurarse al efecto de la que llevó de Roma.

Si esta rectificación fuere de la aprobación de vdes., creo que no tendrán inconveniente para que se inserte en el útil periódico citado, pues sin duda el artículo que acompaño á la lámina consabida, se contrajo á la simple quina *naranjada* que tiene escrito al pie, sin los antecedentes que detalla el artículo que ahora remito á vdes. su atento y seguro servidor y amigo Q. B. SS. MM.—*Joaquín Velazquez de Leon*.

RELACION DE ALGUNOS ESPERIMENTOS HECHOS EN LAS SALAS DE MEDICINA CLÍNICA DE ROMA POR EL PROFESOR JOSÉ DE MATTHÆI; DIRIGIDA Á SU EMINENCIA REVERENDÍSIMA EL SR. CARDENAL TOMÁS BERNETTI, SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD.

Eminentísimo príncipe.—La filantropía solicitada que V. Em. se ha dignado satisfacer mis ardientes deseos, suministrándome una suficiente cantidad de la nueva quina del Pitayó para experimentarla en las salas clínicas, me impone ahora el honoroso deber de presentarle por la prensa el resultado de los experimentos médicos que se han hecho. Y en cuanto á lo primero, sean dados sinceramente infinitas gracias á la paternal bondad del soberano pontífice Gregorio XVI, por su solicitud en beneficio de los hombres; porque, apenas se le suplicó, quiso ser generoso y sabio dispensador del obsequio de aquella corteza, que le habia hecho el gobierno americano de la Nueva-Granada; destinando por medio de V. Em. algunas libras para el uso de las salas clínicas, despues de haberla suministrado al gabinete de materia médica del archimnasio, y tambien á la análisis química para hacer conocer mejor su composición y naturaleza.

Empleo verdaderamente nobilísimo, y saludable, que auxiliando los progresos de la ciencia no menos que las necesidades de la humanidad, honra al excelente príncipe con aquello que tenemos de mas honroso, que es la pública utilidad. La interesante carta que me ha dirigido mi ilustre colega el Sr. Dr. Folchi, profesor de materia médica, (*Diario arcade de Roma, vol. 75 y 76 de los meses de Febrero y Marzo de 1833, págs. 129 á 139*) manifiesta con exactitud la forma y caracteres esternos de esta corteza, fuera de otras muchas noticias históricas sobre la misma, no menos que la análisis química practicada por otro ilustre profesor de farmacia, el Sr. Pedro Peretti. Se confirma por esta análisis aquello que otros habian anunciado antes: esto es, la falta de la llamada *quinina* y *cinchonina* en la tal especie de nueva quina, la que en vez de aquellos principios presenta un nuevo alcaloide, en el que es de suponerse con bastante probabilidad que reside la virtud antifébril que ella posee, como en la quinina la de las otras quinas, y como en otros alcaloides las virtudes de otras muchas sustancias medicinales; por ejemplo, de la morfina en el opio, de la emetina en la hepática, de la stricina en la nuez vónica, &c. Para uniformarse con el uso introducido en la ciencia, han acordado darle á este nuevo alcaloide el nombre de *pitaina*, sustancia poco amarga en su estado sólido y puro; pero de eminente amargura luego que, salificada con los ácidos, se disuelve en el agua ó en el alcohol, ó cuando se halla fundida á una temperatura mas alta de 100°, pues entonces despide vapores amarguissimos. Habria sido ciertamente un doble placer para nosotros, si á los experimentos antifébriles obtenidos con la nueva quina en polvo, hubiésemos podido añadir otros ejecutados con la *pitaina* y conseguir efectos proporcionados, como es lícito suponerlo. Mas este nuestro justo deseo no ha podido satisfacerse hasta ahora, porque despues de los muchos experimentos con la corteza reducida á polvo, no quedó cantidad suficiente para extraer de ella, con los reactivos químicos, una dosis bastante de *pitaina* para experimentarla de una manera concluyente y segura. Debemos entretanto declarar que la falta absoluta en esta nueva quina de la quinina y cinchonina, propias de las verdaderas quinas, y la ignorancia en que permanecemos hasta ahora del género y de la especie á que pertenece el árbol de que se ha estraido esta corteza (no conociéndose todavia por alguna descripción botánica), hacen bastante verisímil la opinion de aquellos que creen se deba numerar mas bien entre las falsas que entre las verdaderas quinas. Pero, sea cual fuere el verdadero género y la verdadera especie botánica de la corteza de Pitayó, nosotros, por los efectos saludables que he-

mos experimentado en las salas clínicas de la universidad, no podemos dudar en modo alguno de la eminente virtud febrífuga que la distingue.

La extraordinaria sequedad del estío pasado, prolongada por casi todo el otoño, ha influido de tal modo, que han sido rarísimas las fiebres y pocos los enfermos que se han visto en los hospitales de Roma de tal enfermedad, contra lo que sucede ordinariamente. Esta feliz y favorable escasez de febricitantes, no ha disminuido sino solo retardado por algunos dias el conveniente número de nuestros experimentos públicos. En estío, y precisamente desde fin de Junio á principios de Agosto, se han sometido catorce enfermos, entre hombres y mugeres, al uso de la nueva quina. Sus fiebres, aunque todas manifestamente periódicas é intermitentes, han sido de distintos tipos, y diversas tambien por su cualidad y circunstancias. Las hubo con tipo de terciana y de cuartana; no faltaron *perniciosas*, habiendo habido entre ellas dos biliosas; algunas desenvueltas recientemente, otras inveteradas y despues reproducidas en aquellos dias. Para disiparlas no nos vimos obligados casi nunca á aumentar la dosis de dos onzas y media de la nueva quina, dividida cada onza en seis papiños, y administrada con intervalos proporcionados de tiempo, en las horas de la intermision. En una cuartana solamente, la dosis fué aumentada hasta dos onzas dos tercios, sin llegar nunca á las tres onzas, supuesto que solas dos onzas han sido casi siempre suficientes para la curacion, y algunas veces menos. Dos de estas intermitentes fueron solo de primera esplosion, es decir, suscitadas entonces por la primera vez; pues todas las otras eran reproducidas en cuerpos que las habian sufrido otras veces, ó en el mismo año ó antecedentemente. Finalmente, dos libras y media de la *quina de Pitayó* se consumieron con feliz suceso en la curacion de las fiebres de estío, queriendo nosotros reservar una dosis todavia mayor para el otoño, estacion mas propensa á las mismas fiebres, y que las hace mas obstinadas y peligrosas á juicio del mismo vulgo. Por tanto, al principiar Noviembre, volvimos á los mismos experimentos, y en todo aquel mes hasta la mitad de Diciembre, fueron tratados con la nueva quina otros diez y seis enfermos con fiebres periódicas de diverso tipo, cuatro de las cuales con el de cuartana, y casi todas acompañadas de obstrucciones al hígado y al bazo, efectos ordinarios de los repetidos accesos de las mismas fiebres, que con tales complicaciones suelen ser tanto mas pertinaces y rebeldes. No obstante esto, administrada la nueva quina, con el mismo método y en las mismas dosis, se han obtenido siempre los mismos felices resultados; pues con el uso de dos onzas de la tal corteza finamente pulverizada, algunas ve-

ces con una draema de mas y otras de menos, los distintos febricitantes salieron todos curados de las salas clínicas, algunos mas temprano, otros mas tarde. Y si permanecieron algunos dias mas, fuera de los necesarios, esto fué por observar mejor el curso de su convalecencia y asegurarnos mas de su curacion. Todos conocen la pertinacia y la difícil espulsion de las fiebres cuartanas: han venido á ser uno de los oprobios de la medicina, porque resisten frecuentemente á las mas crecidas dosis de la corteza peruviana, y muchas veces es necesario esperar su terminacion mas bien del cambio de la estacion ó del tiempo, que de los remedios. Al presente seis casos de cuartana han tenido lugar entre las treinta fiebres periódicas que hemos combatido con la nueva quina; y aunque estuvieron complicadas, segun lo ordinario en las cuartanas, con profundas obstrucciones del bazo, no han resistido en ningun caso á la virtud febrífuga de la quina Pitayó en dosis muy moderadas: porque, administrada segun nuestro método con justa distribucion dentro de los dias del acceso, nunca hubo necesidad de llegar á las tres onzas. Poco mas de una onza moderaba el paroxisismo, y poco mas de otra onza lo cortaba del todo: asi bastaban comunmente dos onzas y media de la nueva quina para disipar las mas pertinaces entre las periódicas; cuando por el contrario se necesitan muchas onzas de la quina comun como les es notorio á todos los médicos; y no raras veces sin suficiente efecto, aun uuiendola á otros medicamentos que se tienen por auxiliares. El ser bastante esta menor dosis de la quina de Pitayó para desterrar las fiebres mas obstinadas, como las mas peligrosas, forma la mejor prueba de su mayor virtud y de su mas grande eficacia antifébril, de conformidad con la opinion que tienen de ella los mismos americanos.

Mas si esta nueva quina se introdujera en el comercio, adquiriendo bien pronto la reputacion que merece, tendríamos mucho que temer de las acostumbradas adulteraciones de los comerciantes, que aman mas su propio interes que la utilidad de los otros. Ni semejantes fraudes seria siempre fácil descubrirlos; y si han tenido lugar en otras especies de quina, desde su primera aparicion en Europa, con tanta mayor razon deberíamos temerlos al presente en la mas eficaz y útil, como mas aparente para provocar la codicia de los traficantes. La historia refiere que los atenienses habian establecido una magistratura particular (los sicofantas), que vigilaba sobre la cultura, sobre el comercio y sobre la esportacion de los higos de la Atica, de que eran ellos estrordinariamente aficionados. Seria mucho mas racional y justo que los americanos del Perú y de la Nueva-Granada establecieran un magistrado particular sobre los árboles de la quina, de que

abundan sus paises. El deberia vigilar sobre la cosecha y estraccion de las cortezas, alejando toda suerte de alteracion y de fraude en un género que es ciertamente mas precioso y útil que los higos. En efecto, constituye el remedio mas seguro de la mas frecuente enfermedad de los hombres, cual es la fiebre periódica, muchas veces funesta y mortífera bajo la forma de perniciosas. Ni deberian estar separadas de los reglamentos de América las correspondientes medidas, aun en los puertos de Europa, con que siempre se pudiera garantizar mas la legitimidad de las diversas cortezas de quina.

Recibid, eminentísimo príncipe, con vuestra acostumbrada bondad, esta muestra bien pequeña de nuestro celo y de nuestra inmensa gratitud y respeto. Tened ademas la complacencia de proporcionar oportunidad para que la acoja con paternal clemencia la Santidad de nuestro señor, que el cielo conserve y prospere largamente para el bien de Roma y de la iglesia.

Entretanto, permitidme el honor de ser de V. Ema. Rma. humilísimo, devotísimo, y obedientísimo servidor.—*José de Mattheis*, profesor de medicina clínica en la universidad de Roma.

CARTA DE FOLCHI AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR PROFESOR DE MATHIASIS, SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE QUINA DENOMINADA: *Pitayó*.

Habiendo la santidad de nuestro señor Gregorio papa XVI, recibido por regalo de la república de Colombia, una cierta cantidad de quina con la denominacion de *pitayó*, que allá se tiene en grande aprecio, y se prefiere á las otras especies para la curacion de las fiebres intermitentes, vd. cuidó de pedir á su eminencia reverendísima el señor cardenal Bernetti una muestra, tanto con el fin de depositarse en el gabinete de materia médica de la universidad, como con el de examinarle por el análisis químico, para verificar si la eficacia de esta especie era debida á los alcaloides ya conocidos, ó bien á otra nueva sustancia. Habiéndose dignado Su Santidad conceder la muestra pedida por medio del enunciado, purpurado, vd. se sirvió darme una parte de ella invitándome á hacer su descripción, y otra á nuestro colega el señor profesor Peretti escitándolo á examinarla químicamente. Por consiguiente, era muy justo que yo dirigiese á vd. mis cortas observaciones, que felizmente ha querido aumentar el Sr. Peretti, con los importantes resultados de sus indagaciones, desearo unirse conmigo para darle una prueba de gratitud y obsequio.

Por lo tanto siento no poderle suministrar de mi parte mas que escasas é inciertas noticias acerca de la procedencia de esta corteza, no haciendo mencion de ella sino solamente tres au-

tores que yo conozco. El Sr. profesor Brera, en su *Desideratum*, la llama *Pitaya quina* y dice haber venido el año de 1817 de Guayaquil á Liverpool bajo el nombre de quina peruana, y extendiéndose de Hamburgo por la Alemania con tal denominación y también con la de quina nueva. Añade que algunos la han confundido con la quina Tacames y Bicolorata; pero que son tales las diferencias físico-químicas que hay entre estas cortezas, que no es posible reducir las á la misma especie. Ciertamente, yo que tengo á la vista todas las tres mencionadas cortezas del gabinete, puedo asegurar, que si la pitayá se distingue en sus caracteres de la Tacames, no tiene con la Bicolorata la mas remota semejanza. El Sr. Batka de Praga, en una interesante memoria presentada á la academia real de medicina de Paris, nombra simplemente la Pitayá, anunciando que este nombre suele darse en Inglaterra á la quina bicolorata; y he aquí repetido el mismo error poco antes notado. El que habla con alguna mayor estension de la Pitayá, es el Sr. Guibourt, quien en la segunda edición de su historia de las drogas simples vol. I.º, pag. 456 refiere, que una corteza con esta denominación ha sido recibida de Colombia por el Sr. de Londres; la que tenía los mismos caracteres que él describe brevemente. Despues añade que, habiéndola analizado el Sr. Henry hijo, encontró en ella tanta quinina y cinchonina que bastaría para colocar la nueva corteza al lado de las verdaderas quininas, si no la separasen de estas sus caracteres físicos. Por lo tanto, tenemos entera razon para dudar que la corteza de que habla Guibourt sea idéntica á aquella de que es mi objeto hablar; tanto porque los caracteres físicos de ambas no son enteramente conformes, como tambien porque en la nuestra no se han manifestado en su análisis los alcaloides propios de las verdaderas quininas. Estas son las únicas noticias que he podido procurarme acerca de la Pitayá, las cuales como V. bien vé, poca ó ninguna luz nos dan, habiendo inútilmente consultado la preciosa memoria de Humboldt sobre las quininas, inserta en el Almacén de Berlin: el *prodrómus* de Decondolle: el *sistema vegetabilium* de Roemer y Schultes: la monografía de Bergen; é iguales obras de farmacología y de materia médica de que he podido disponer.

Las cualidades físicas de las muestras que he obtenido por medio de V. son las siguientes. Los pedazos mayores están arrollados por la mitad sobre sí mismos: los menores tienen aproximadas sus márgenes á manera de canales; los primeros de mas de un pie de largo, de mas de una pulgada de diámetro, y de una y media línea de espesor. La costra exterior, formada de las epidermis y de la membrana celulosa, es varia en los diversos pedazos: en algunos, par-

ticularmente en los mas grandes, se observa una película blanca destruida en gran parte por el rozamiento, y semejante á la película perlada de la quina de Cartagena; en otras la costra dicha es algo esponjosa, tuberculosa, desigual y ligeramente hendida, en algunas partes laminaosa y de color ceniciento sucio, algunas veces con muestras de película perlada, presentando hacia dentro un color amarillo rojizo. El liber, ó tela fibrosa, se compone de fibras menudas acumuladas, de color naranjado rojizo, mas oscuro en la cara interior de la corteza; la fractura es desigual, poco fibrosa, y aparecen en ella las fibras casi dispuestas en tejido: el sabor amargo, persistente y desagradable. Algunos pocos liquens foliaceos, se descubren en la superficie esterna.

El lugar nativo del árbol de donde se ha sacado esta corteza, está en los montes de Pitayó de la Nueva-Granada: el género y la especie á que pertenece dicho árbol están hasta ahora indeterminados. Careciendo la corteza de quinina y cinchonina, segun las indagaciones del Sr. profesor Peretti de que luego daré cuenta, parece que no podrá asignarse la planta al género *cinchonina*, principalmente despues de la reciente separacion hecha de este género por el Sr. Decandolle de muchas plantas que indubidamente habian sido comprendidas en el por otros. Los Sres. Brera y Guibourt son de parecer que pertenece probablemente la Pitayá al género *Escostemma*, y el segundo así lo piensa, encontrando una grande semejanza entre las voces pitayó y piton, que puntualmente es la denominación vulgar de una especie de *escostemma*, es decir, la *escostemma floribundum*, quina piton, ó de Santa Lucia, descrita la primera vez por Badier en 1789. Yo no tengo mas que una sola razon que oponer á esta suposición del Sr. Guibourt, y no me parece del todo despreciable. En los árboles que producen las quininas verdaderas ó falsas, nosotros observamos una cierta regularidad y constancia, respecto de su lugar nativo; así, para aducir algunos ejemplos, sabemos que los géneros *Luculia* y *Hymenodictyon* son propios de la India oriental; que el *Daniis* nace en las islas de la Africa austral; que el *Pinkeneya* vegeta en la Carolina y la Georgia; el *Reniya* en el Brasil; y así se puede ir señalando la geográfica distribución de los otros. Además, el género *escostemma*, particularmente la primera seccion *Pitonia*, en la que se hallan incluso los verdaderos *escostemmas*, es propio de las Antillas, region muy diversa de aquella de donde, con corteza, sabemos que proviene nuestra Pitayá. ¿Pertencería ella acaso al género buena? Yo á la verdad me inclino mucho á creerlo, considerando que este, como tambien el género *cinchonina*, se han encontrado casi constantemente en los Andes del Perú, y de la Nueva-

Granada, patria esta de la Pitayá, y hasta ahora no se conoce mas que una excepcion, que recae sobre la Buena *hexandra* ó quina del Riojancico, que tiene por patria al Brasil. Es inútil que yo haga advertir á V. ser el género Buena aquel mismo que Ruiz y Pavon, autores de la Flora peruana habian denominado *Cosmibuena*, reuniendo el pronombre y nombre de Cosme y Bueno, á quien habian dedicado el nuevo género: Pohl, al cual no le agrado esta composicion de palabras, ha suprimido el pronombre y ha sido seguido de otros botánicos.

Ahora, para dar á V. una breve noticia de las indagaciones hechas por el Sr. Peretti sobre los elementos de la Pitayá, diré: que este sabio químico ha ensayado desde el principio una pequeña cantidad de dicha corteza, y que despues ha repetido y variado sus operaciones sobre una dosis mayor. En el primer ensayo ha dirigido inmediatamente sus indagaciones á descubrir los alcaloides comunes á las verdaderas quininas, siguiendo el procedimiento acostumbrado, es decir, haciendo hervir la corteza en agua acidulada, precipitando el liquido con el amoniac y con el carbonato de potasa, recogiendo y desecando el precipitado, y tratándolo finalmente con el alcohol, al que se le ha añadido un poco de ácido sulfúrico para obtener el alcaloide que se buscaba en el estado de sulfate. A pesar de toda la diligencia empleada en examinar las materias, él no ha podido encontrar ni quinina ni cinchonina; cuyo resultado merece ser notado, como contrario al del Sr. Henry y como capaz de dar alguna luz sobre el género de la planta, de donde se ha desmembrado la quina Pitayá. Mas si por esta parte ha sido infructuosa la indagacion, por otra ha sido provechosa, en cuanto por ella se ha conocido: 1.º que el precipitado obtenido por el ácido hervido, mediante el amoniac, contiene una sustancia amarga particular unida al tanin: 2.º que una porcion de dicha sustancia se precipita por el alcohol al tiempo de la evaporacion, y otra es retenida en disolucion: 3.º que el mismo precipitado contiene las dos materias colorantes sólida y falsa, así denominadas por el Sr. Peretti, y son aquellas que resisten á la disolucion, en el espíritu de vino: 4.º que el carbon animal que se emplea para clarificar la solucion alcohólica se apodera de la materia resinosa de la corteza y de una parte de la sustancia amarga: 5.º que si el precipitado obtenido por medio del carbonato de potasa, se mezcla con el éter, evaporado este se obtiene la sustancia amarga en forma de pequeñas aguas cristalinas, que disueltas en el ácido acético hacen amaraguisimo el liquido: 6.º que el cocimiento en agua pura de la quina pitayá se enturbia enfriándose, tñe ligeramente de rojo el papel de tornasol; precipita en coá-

gulo la gelatina animal; en pardo el persulfate de hierro; y suministra tambien un sedimento con el carbonato de potasa y oxalate de amoniac: 7.º en fin, que haciendo hervir primeramente la corteza en agua pura, y despues en agua mezclada con un poco de ácido hidroclórico, y precipitando uno y otro cocimiento con el amoniac, si los precipitados se tratan con el éter y se volatiliza el solvente, se obtiene la sustancia amarga en forma cristalina; y esto á juicio del Sr. Peretti es tal vez el mas corto y expedito medio de procurársela.

Hecho este ensayo, ha obrado el dicho químico sobre una dosis mayor de Pitayá, y he aquí en compendio la serie de sus operaciones. Ha hecho hervir seis onzas de corteza en agua destilada, y ha reducido el cocimiento á extracto, que tuvo el peso de dos onzas. Tratando este con el alcohol de 34.º, una porcion se ha disuelto, y se ha puesto por separado; la otra no disuelta ha presentado los caracteres de goma y del galate de cal. A la solucion alcohólica se ha agregado un poco de agua, y destilada ha dejado un residuo acuoso, que teñia de rojo el papel azul; precipitaba en coágulo la gelatina animal; se evolvía con el sulfate de hierro, y tenía un sabor eminentemente amargo y astrinjente. Estas cualidades ya denotaban bastante que contenian el tanin con exceso de ácido gálico, la sustancia amarga y la parte colorante: no obstante esto, se ha precipitado la solution con el amoniac; y una porcion del sedimento blanco amarillento, tratada con el éter, ha dado por medio de la evaporacion el tanate de la sustancia amarga, ó del nuevo alcaloide, dejando atras la materia colorante falsa.

El remanente del sedimento blanco amarillento, se ha puesto en contacto con el agua hirviendo y se ha disuelto en parte: de la otra hablaremos luego. En la solution acuosa se ha mezclado un poco de ácido sulfúrico: clarificado el liquido con el carbon animal, añadido despues un poco de carbonato de cal para quitarle el exceso de ácido, y elevada la evaporacion hasta la sequedad, el residuo se ha disuelto en el alcohol, y con la evaporacion de éste se ha obtenido el sulfate del nuevo alcaloide, bajo la forma de pequeñas aguas cristalinas, dispuestas en forma de abanico.

La parte del sedimento no disuelta en el agua hirviendo, se ha cimentado con el hidrate de potasa y ha formado un liquido de un rojo de rubí; vuelta á tomar la potasa con un ácido, se han depositado las dos materias colorantes sólida y falsa.

Recordando el Sr. Peretti que el carbon animal goza de la propiedad de absorber y retener algunas de las sustancias en que se le emplea para depurarlas, y sospechando que en la opera-

ción poco antes referida se hubiese apoderado de una porción del sulfato del alcaloide, supuesto que de este se había obtenido una muy corta cantidad, lo trató primeramente con el alcohol simple hirviendo, y así pudo recobrar alguna parte del sulfato. Considerando despues que la parte colorante, sobre la cual ejerce el carbon la mayor afinidad sirviese de impedimento, para que del mismo estrajera el alcohol todo el alcaloide, ha hecho obrar el alcohol hirviendo con la adición de hidrate de potasa: de este modo ha obtenido un líquido muy amargo de color de esmeralda, que se ha mudado en amarillo pálido, estráida la potasa mediante el ácido sulfúrico. Evaporado despues el espíritu de vino, tratado el residuo con el éter, y dilatasta la solución etérea con el agua destilada, ha obtenido la mayor parte del nuevo alcaloide que apenas conservaba una pequeña porción de la materia colorante; y este ha sido el caso en que se ha manifestado la sustancia amarga alcaloide en una dosis mas significativa.

Despues de haber dicho que la corteza de Pitayó en seis onzas de peso había sido herrida en agua pura, y el cocimiento reducido á extracto, sobre el que se siguieron las operaciones referidas, resta añadir que la misma corteza se ha hecho hervir de nuevo en el agua unida con el ácido oxálico, y que, mezclado en el cocimiento el amoníaco, se ha obtenido un precipitado rojo amarillento: cincuenta granos de éste, tratados con el éter, han dado un líquido amarguísimo tinturado de amarillo, y volatilizado el éter ha quedado un residuo granujiento, compuesto de mucha materia colorante sólida, de un poco de ácido gálico, y de la sustancia amarga. La combinación de la sustancia amarga, con el tanin, observa el Sr. Peretti no ser nueva en la química orgánica, porque en este estado se presentan la salicina en la corteza del sauce, la quinina y la cinchonina en las verdaderas quinas, &c. Ni puede dudarse de la combinación antes dicha, pues si ademas de las otras pruebas se disuelve en el agua destilada el extracto alcohólico de la Pitayó, se clarifica el líquido con el carbon animal, y evaporado se trata el residuo con el espíritu de vino frío; se tendrá una tenue cantidad del alcaloide combinado con el ácido hidroclicórico, proveniente tal vez del carbon preparado, y la parte no disuelta en el espíritu será galate de cal; mas si el carbon empleado en este experimento se lava perfectamente en el alcohol, que tener en disolución hidrate de potasa, se podrá obtener todo el alcaloide junto con el tanin. En fuerza de estos experimentos, se cree autorizado el Sr. Peretti para concluir que la quina Pitayó contiene

Una sustancia amarga, de índole alcaloidea.
Dos sustancias colorantes unidas al ácido gá-

lico, que forman el rojo cinchonico de los químicos franceses.

Galate de cal. Goma. Resina. Parte fibrosa.
Los caracteres del nuevo alcaloide, que respecto de su procedencia podría llamarse *pitaina*, son principalmente el no tener notable amargura en el estado sólido puro, el cual carácter se descubre todas las veces que se disuelven en el agua ó en el alcohol, ó en el éter, las sales cristalizables y solubles que forme con los ácidos. Es, sin embargo, amarga la solución del alcaloide simple en el éter y en el alcohol, en los cuales líquidos es muy soluble, y de donde se puede obtener en estado cristalino. Se funde á una temperatura que excede de 100° y escapa primero vapores amarguísimos, que recogidos se condensan en menudísimos prismas despues escapa vapores empíreumáticos, que tocando un papel teñido en azafrañ lo enrojece. Se descompone por la acción del ácido nítrico caliente y concentrado: se combina con el ácido sulfúrico en la proporción de 96 partes del alcaloide y 4 de ácido, y forma una sal blanca amarga en pequeños prismas divergentes á manera de abanico: con el ácido acético compone una sal amarga inestabilizable.

El Sr. Berzelius en el tomo 99 pág. 223 del Tratado de química, hace mención de una corteza procedente de Colombia y contada entre las quinas; mas esa se distingue de nuestra Pitayó, en cuanto contiene la quinina y la cinchonina, segun el ensayo analítico del Sr. Kuhlman. Mas bien parece acercarse á la nuestra en la composición química otra corteza, de la cual habla igualmente el Sr. Berzelius en el citado volumen, pág. 222, bajo la denominación de quina nueva; tanto mas cuanto que por aseveración del Sr. Brera la misma denominación se le ha dado en la Alemania, y en otras partes á la Pitayó. Los señores Pelletier y Caventou que la han analizado, han estráido sebo, una sustancia resinosa roja, tanin, una materia colorante amarilla, goma, almidon, ácido quínico, y han tenido indicios de un álcali vegetal, que el Sr. Gruner mira como una base particular. De cualquier modo que sea, yo tengo por seguro, que mas bien la experiencia médica, que las investigaciones químicas, pueden probar la importancia de una nueva especie de quina, particularmente en nuestro suelo, en donde por la obtención de las intermitentes han fallado aquellos febrífugos que en otras partes gozaban de mucha celebridad. Y ninguno ciertamente mejor que vd. está en el caso de hacer la prueba á la cabecera de los enfermos, siendo uno de los profesores de nuestra clínica médica, y autor de los primeros experimentos hechos en el mismo instituto sobre el sulfato de quina, la emetina, la morfina &c., de los cuales vd. ha dado cuenta en una carta inserta en las Efemérides de Roma,

ESTUDIOS MORALES.

LA MUJER FEA.

ACABA de cumplir quince años la pobre Juana. Edad terrible en que la muger sale con su corazón cándido de paloma, de los juegos inocentes de la infancia. Edad en que los primeros dolores del amor se sienten en el alma: edad en que se percibe ya el rugido de las tempestades de la vida: edad en que es forzoso que el corazón ame, que la imaginación ardiente se alimente de quimeras: edad, en fin, en que ciegos y delirantes procuramos aspirar ese fantasma brillante que se llama felicidad, y que desaparece con nosotros en el borde de la tumba.

¡Si viérais como Juana se dormía arrullada con esos ensueños dulcísimos de la juventud! Si viérais cómo en sus solitarias cavilaciones se figuraba un joven de voz sonora, de gallarda presencia, de elegantes y finas maneras, que le ofrecía su amor, su mano, su existencia, su vida... ¡Ah! Juana lloraba de placer cuando se persuadía que podrían realizarse tan gratas ilusiones. ¡Doleros! Un día Juana se puso en pie delante de un espejo de cuerpo entero: su talle no era flexible y delicado, sino tosco y tallado, á semejanza de algunas defectuosas esculturas antiguas: su color era moreno, sus ojos pequeños y verdiosos, su frente deprimida, sus labios pálidos y regordidos, su nariz abultada y un poco torcida, su cabello negro y erizo. Cuando Juana vió tanto conjunto de fealdad, se quejó de la naturaleza, se quejó de los padres que la habían arrojado á la vida, de Dios que le había negado aun la gracia, lozanía y frescura que concede á todas las mugeres á los quince años de edad. Juana lloró de rabia, y se alejó maldiciendo al severo espejo que tan cruel desengaño le había dado.

Desde ese momento desaparecieron para siempre las ilusiones de Juana; no esperó ya ni dicha, ni amor, ni tranquilidad en su vida.—¡Habrá, decía, un hombre que me llame su sol, su estrella, su encanto, su amor! Estas dulces palabras que enorgullecen, que embriagan á todas las mugeres, jamás vibrarán en mis oídos, jamás me amarán nadie, porque... soy fea, y el ridiculo, el sarcasmo, la mofa, caerán sobre mi desgraciada juventud.

Felicitado el tiempo nos acostumbra á sobrelevar las mas crueles desgracias de la vida. Así Juana aunque siempre triste y estraña á todas

las tiernas afecciones de la juventud pasaba resignada sus dias. Se ocupaba, para distraerse en todo género de quehaceres domésticos y por necesidad practicaba los ejercicios de virtud. Juana, en verdad, tenía un corazón tan hermoso, cuanto era deformé su rostro. A los veinte años Juana bordaba flores tan primorosas, que se creían que tenían vida y aroma como las naturales: trabajaba randas y calados que podrian avergonzar á los fabricantes flamencos: disponía potages y adornaba una mesa digna de un rey; en una palabra, no había género de ocupación mugeril en que Juana no sobresaliera infinito. En cuanto á sus cualidades morales ni se diga: jamás veía un menlijo sin socorrerlo; jamás encontraba un niño desnudo sin comoverser hasta el punto de llorar; jamás se alteraba ni aun con los criados su genio, siempre igual, siempre con una humilde y santa resignación.

Juana, pues, era un tesoro de virtudes y una alhaja que habria hecho feliz á un hombre filósofo que la hubiera adoptado por esposa; pero Juana era fea, y los hombres son todavia en este siglo poco filósofos para resignarse á vivir con un tipo de fealdad física.

Contar una á una las humillaciones y los sufrimientos de la vida de Juana, seria nunca acabar. Los espejos eran su tormento, y las modas sus cruces verdugos que sin piedad la martirizaban. ¿Cómo ponerse un vestido de gros azul claro sobre un pecho color de accituna? ¿Cómo adornar con *papalinas* y *figaras* una cabeza redonda y cubierta de un escaso pelo grueso? ¿Cómo poner sobre una frente llena de pecas y de pelo, esos lindos pajaritos de oro y diamantes? Juana, en fin, tenía que renunciar á esos adornos tan graciosos, que tanto realzan la hermosura de las jóvenes, y reducirse á usar un vestido modesto y de color oscuro. Esto es un tormento tan cruel como el de Tántalo.

Y no se crea que esta modestia en el vestido la ponía á cubierto de sus padecimientos. En los teatros si la miraban erca con fundamento que era para criticarla: en las tertulias no la sacaban jamás á bailar si no era para completar unas cuadrillas: en la calle en lugar de escuchar esos rumores que arranca la hermosura á un corrillo de jóvenes, llegaban á sus oídos las palabras de fea,